

John Mortimer cuenta valiéndose de su comedia humana de provincias la transición británica de la posguerra al thatcherismo. 'Un paraíso inalcanzable' se trasladó a la pequeña pantalla en los ochenta, con un éxito similar al obtenido por la serie 'Arriba y abajo' en el Reino Unido

El paraíso puede esperar

Narrativa

POR LUIS M. ALONSO

■ *Un paraíso inalcanzable*, del irreplicable John Mortimer (Londres, 1923-The Chilterns, 2009) es una historia de dos familias, un pueblo y sus gentes, y, si hay que mostrarse ambiciosos, un imponente fresco de la Inglaterra que desemboca en el thatcherismo.

Rapston Fanner no sería lo mismo sin los Simcox, del mismo modo que The Chilterns, pese a su idílico paisaje, habrían sido otra cosa de no contar entre sus vecinos con Mortimer, abogado, novelista, dramaturgo y observador sutil de las ironías del sistema de clases británico. *Un paraíso inalcanzable* es una muestra de ello pero no la única de un autor prolífico que supo compaginar el éxito de su bufete criminalista con el de sus estrenos teatrales en el West End y sus aclamados guiones para la televisión. Llevada a la pequeña pantalla en los ochenta, supuso por sus cifras de audiencia un acontecimiento equiparable en el Reino Unido al de *Arriba y abajo*. Ninguno de los intentos que vinieron después de contar la historia de Gran Bretaña, durante los años que siguieron a la posguerra, se le puede comparar. De otra serie (*Rumpole of the Bailey*) sobre su personaje más popular, el abogado Horace Rumpole, se emitieron siete temporadas, de 1975 a 1992.

Un paraíso inalcanzable se abre con la muerte del reverendo Simeon Simcox, un vicario anglicano de ideas radicales. Los editores de los periódicos lo conocen por sus epístolas contra el apartheid, las armas nucleares y las innumerables injusticias

sociales. El reverendo y su esposa crían a sus dos hijos, Henry y Fred, con comodidad gracias a un próspero negocio familiar cervecero, en el pueblo agrícola de Rapstone, a dos horas al oeste de Londres. La pequeña localidad mantiene su jerarquía de acuerdo con las viejas tradiciones británicas: los agricultores son los aristócratas en virtud de la tierra y del apellido. Los Simcox disponen de un nombre, un patrimonio y una fábrica de cerveza. Los Strove despuntan menos socialmente pero también conservan sus feudos, y su patriarca fue durante muchos años el miembro local del Parlamento. Tory, of course.

Rapstone, allá donde el tiempo se detiene, cuenta con un abogado y un médico, un pub y un prado. Y también están los empleados de la cervecería. Las familias con posibles envían a sus hijos al internado Knuckleberries; el resto, a la escuela primaria local. Con motivo de celebrarse un nacimiento, un matrimonio o una defunción, todo el mundo asiste a los servicios del reverendo Simcox e inmediatamente regresa a su espacio asignado. Así han funcionado las cosas desde tiempos inmemoriales, pero a finales de los cincuenta algo empieza a cam-

biar. Muchachos ambiciosos de familias proletarias, con ganas de prosperar, reciben clases de dicción y se suman a las reuniones de los jóvenes conservadores, y las grandes familias alquilan sus casas a la industria del entretenimiento para hacer caja. El hijo mayor del vicario, Henry, emprende una carrera literaria como *angry young man*, encuentra el éxito en Hollywood, y se convierte en uno de tantos autores fatuos mimados por la fama. El menor, Fred, asiste a la escuela de Medicina y posteriormente se reincorpora al juego local de anularse a sí mismo. Entonces el reverendo hace algo extraño dentro de su común proceder; va y se muere y, sorprendentemente



JOHN MORTIMER

Un paraíso inalcanzable

► Traducción de Magdalena Palmer ASTEROIDE, 456 P., 22,95 €/E-B., 13,99 €

jo socialista como él, deja su fortuna a Leslie Titmuss, un diputado tor local con fama de trepa.

La historia transcurre por la senda de la ocurrencia inteligente, con diálogos al servicio del humor y el costumbrismo sarcástico, dignos de Waugh o Kingsley Amis, por poner dos ejemplos entre los grandes escritores británicos del pasado siglo. Al igual que ellos y pese a simpatizar con el laborismo, Mortimer admiraba los conocimientos prácticos, la ironía y el desapego. Veía con tolerancia el tabaco, la caza y la religión establecida. Le encantaba el campo y odiaba los centros comerciales. Políticamente, y como se comprobó en las posturas entregadas de la trilogía *Titmuss - Titmuss regained* (1990) y *The sound of trumpets* (1998) -rechazaba por igual a Margaret Thatcher que a sus dos sucesores inmediatos. Ridiculizaba el vegetarianismo, el ateísmo, la astrología y los movimientos en defensa de los derechos de los animales. Describía a los saboteadores de la caza como unos tipos que se lanzaban en marcha de sus camionetas para gritarles «¡asesinos!» a los cazadores, y a las chicas que practicaban equitación apagando sus cigarrillos en las grupas de los caballos, desertando del mundo animal y pasándose al enemigo. *The sound of trumpets* es una cómica y maravillosa novela que clama por una traducción al español.



El polvorín

Mathias Énard novela el fracaso de un mundo incapaz de borrar fronteras en 'Calle de los ladrones'

Narrativa

POR RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

■ Fue un argonauta moderno, Thor Heyerdahl, patrón de la nave Kon Tiki, quien expresó la idea de que, a lo largo de sus exploraciones por el planeta, jamás había visto una frontera física. Todas las fronteras que el viajero había encontrado en su vida eran culturales, aprioris nacidos de la educación y las costumbres, prejuicios incubados como serpientes en las cabezas de las personas.

No existe muro más alto que la pobreza, la profesión de una fe distinta, el color de la piel. Ninguna valla electrificada, ninguna franja de tierra minada, ninguna doctrina Schengen resultan tan devastadoras como la triple anomalía de la falta de dinero, el credo diverso o la raza desfavore-



Mathias Énard. B. RAMON

cida por la Historia y quienes la escriben. Así, para Lajdar, la distancia que separa su casa en Tánger del barrio del Raval donde se encuentra la calle de los Ladrones que da título a la novela de Mathias Énard, no se puede medir en kilómetros, en horas de autobús o en sellos sobre pasaportes. No

es una distancia puramente física, ni siquiera burocrática o administrativa, sino que se levanta sobre puentes que están hechos de fanatismo, una sustancia mucho más extendida y nociva que el tabaco o la heroína.

Para salvar esos puentes, para alcanzar ese sueño confuso y tan legítimo como bastardo que consiste en una habitación con vistas al esplendor de Occidente, Lajdar debe derribar fronteras externas e internas. Una de las mayores virtudes de la novela de Énard reside en su mirada doble, tanto al mundo de procedencia como al mundo de adopción. Porque Lajdar, en su periplo, no sólo sufre en las aduanas que lo reciben, carne siempre de contrabando en esta fortaleza europea que acepta con los brazos abiertos sólo al gitano rico, al negro rico, al moro rico, sino que si desea escapar de su terruño es por haber padecido en él la rabia de una sociedad enferma de ignorancia, anclada en atavismos letales.

Asfixiado por el aire rancio de un Marruecos tribal, Lajdar ansía respirar a pleno pulmón la brisa de la democracia española. Pero no hay que llamarse a engaño. Los gérmenes cruzan las fronteras físicas con los equipajes, pero no porque el fugitivo los traiga en su macuto, junto a su paga duramente ganada, su pasión por una chica de Barcelona o sus novelas de Izzo y de Man-

chette, sino porque los bacilos estaban ya entre nosotros desde siempre, junto a los felices europeos que vivimos en el presunto omega del tiempo histórico, satisfechos y saciados, y por ello ciegos al polvorín que venimos construyendo con mimo y solicitud, con un talento insospechado para la autodestrucción.

Calle de los ladrones es la novela de ese desastre que es pura inminencia, del colapso de un sistema incapaz de entender el otro pero deseoso de devorarlo en cuerpo y alma, del fracaso del desiderátum heyerdahliano de un mundo sin fronteras, de la enésima descripción zoológica del hombre como un perro que muerde a otros perros: disciplinado, fatal, absurdo.



MATHIAS ÉNARD

Calle de los ladrones

► Traducción de Robert Juan-Cantavella MONDADORI, 272 P., 21,90 €/17,99 €